

En Doiro,  
antr'o Porto e Gaia

*Estudos de Literatura Medieval Ibérica*



*Organização*

JOSÉ CARLOS RIBEIRO MIRANDA

*revisão editorial*

RAFAELA DA CÂMARA SILVA



**estratégias criativas**

PORTO

# En Doiro, antr'o Porto e Gaia

*Estudos de Literatura Medieval Ibérica*





DE LOS ENSUEÑOS DEL PASADO AL *MILES CHRISTI*:  
ECOS LITERARIOS EN EL PRÓLOGO DE LAS *SER GAS DE ESPLANDIÁN*\*

ALMUDENA IZQUIERDO ANDREU  
*Universidad Complutense de Madrid*

LAS FICCIONES AL SERVICIO DE LA REALIDAD

El 2 de enero de 1492, tras más de diez años de luchas, los Reyes Católicos entraban victoriosos en Granada, y ponían un aparente punto y final a la guerra contra este reino. Sin embargo, esta supuesta caída de telón no fue más que un mero espejismo, pues apenas unos pocos años después, Isabel y Fernando otearon el horizonte mediterráneo para atisbar (y conquistar) los puestos del Norte de África. En verdad, estos tapices de batallas, conquistas y victorias, amén del ensalzar la monarquía y asentar a los reyes como modelo de gobernantes cristianos, han sido uno de los pilares sobre los que la crítica ha perpetrado la exégesis de las primeras ficciones caballerescas y, en concreto, de las refundiciones de Garcí Rodríguez Montalvo, quien dio vida moderna a los cinco primeros libros de *Amadís*<sup>1</sup>.

\* Este artículo se ha realizado gracias a una ayuda FPU (ref. FPU14/03593), otorgada por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Asimismo, se integra dentro del proyecto I+D «L literatura hispánica medieval en sus fuentes primarias: BETA (Bibliografía Española de Textos Antiguos)» (ref. FFI2012-35522), dirigido por el profesor Ángel Gómez Moreno, que se vincula, a su vez, con los objetivos del grupo de investigación «Sociedad y literatura hispánicas entre la Edad Media y el Renacimiento» (ref. 941032) de la Universidad Complutense de Madrid

1. Fernando Gómez Redondo, *Historia de la prosa de los Reyes Católicos: el umbral del Renacimiento*, Madrid, Cátedra, 2012, vol. 2, pp. 1797-1817; M<sup>a</sup> Carmen Marín Pina, «Cimientos de verdad» en los primeros libros de caballerías», en *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2011, pp. 85-100; Susan Giráldez, *Las sergas de Esplandián y la España de los Reyes Católicos*, Nueva York, Lang, 2003; Rafael Ramos Nogales, «Para la fecha del *Amadís de Gaula*: «Esta sancta guerra que contra los infieles comenzada tienen»», en *Boletín de la Real Academia Española*, 74, 263 (1994), pp. 503-521; Emilio José Sales Dasí, *La figura del caballero en las «Sergas de Esplandián»*, tesis de doctorado dir. por Josep Lluís Sirera Turo, Valencia, Filología Española, 1994 y *idem*, «Las *Sergas de Esplandián*: ¿una ficción ejemplar?», en R. Beltrá, J. L. Canet, J. L. Sirera

Sin ánimo de entrar en una vasta explicación sobre el resurgimiento de la caballería en esta edad heroica, es razonable comprender que un héroe como Esplandián, defensor a ultranza de la fe católica y azote de infieles, renace en un ámbito verdaderamente propicio. Las guerras de religión, la expansión de los territorios y la renovación espiritual son algunos de los ingredientes necesarios para condimentar las preocupaciones políticas de los monarcas de carne y hueso. Son, en verdad, buenos tiempos para las soflamas heroicas y los himnos laudatorios, banda sonora del reinado de este binomio regio. Se hilvana, por tanto, una red de influencias que retroalimenta mutuamente la realidad y la ficción, ya con unos fingidos caballeros que defienden una Constantinopla del azote pagano, ya con unos soldados reales que sueñan con emular a sus héroes en las campañas granadinas y mediterráneas<sup>2</sup>. Ahora bien, esta lectura, que en varios puntos resulta innegable, ha concentrado en exceso la atención de la crítica; es más, en ocasiones se ha pasado por alto las fuentes que impregnan los textos y que disfrazan de *miles Christi* la figura de Esplandián. Por ello, pretendo que este artículo muestre la hasta ahora cara oculta del prólogo del Libro V amadisiano para recorrer no solo un mundo de sergas y proezas, sino también un mural cultural, artístico y, particularmente, literario que colorea las páginas de Montalvo.

#### UN PÓRTICO DE MELANCOLÍA: LOS TESOROS CADUCOS

Si se contempla el umbral de la obra más personal del viejo regidor de Medina del Campo, las *Sergas de Esplandián*, queda patente que este texto preliminar no viene precisamente a presentar al hijo de Amadís de Gaula, dado que al intrépido joven se lo conoce ya desde el Libro III de la saga. Es más, el pórtico del Libro IV esculpía la imagen de Esplandián como un dechado de virtudes, en concreto, se dice él que es «cathólico y virtuoso» produciendo así una configuración de expectativas en el lector, que da vida y personalidad al nuevo héroe<sup>3</sup>. Esta talla del caballero permite vislumbrar un héroe esca-

---

(eds.), *Historias y ficciones: Coloquio sobre la literatura del siglo xv, Valencia, 29-31 octubre 1990*, València, Universitat de València. Departament de Filologia Espanyola, 1992, pp. 83-92. Para acercarse a la biografía de Garci Rodríguez de Montalvo es recomendable Nicasio Salvador Miguel, «Garci Rodríguez de Montalvo, autor del *Amadís de Gaula*», en J. M. Fradejas Rueda, D. Dietrick Smithbauer, D. Martín Sanz, M<sup>a</sup> J. Díez Garretas (eds.), *Actas del XIII congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval, Valladolid, 15 a 19 de septiembre de 2009, In memoriam Alan Deyermond*, Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid, Universidad de Valladolid, Asociación Hispánica de Literatura Medieval, 2010, vol. 1, págs. 245-284, donde se realiza un gran trabajo documental.

2. Tanto en M<sup>a</sup> Carmen Marín Pina, «La ideología del poder y el espíritu de cruzada en la ficción caballeresca», *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2011, pp. 109-120 específicamente, como en Pedro M. Cátedra García, *El sueño caballeresco. De la caballería de papel al sueño real de don Quijote*, Madrid, ABADA editores, 2007, se explica este solapamiento entre la ficción y realidad caballeresca.
3. Gómez Redondo, *Historia de la prosa...*, p. 1805.

tológico, salvador de la religión en peligro por el ataque pagano, en la línea de las profecías mesiánicas intratextuales presentes en este Libro V<sup>4</sup>. Ahora bien, cuando se abren las *Sergas de Esplandián*, se aprecia un cambio; se ha mudado el tono hasta alcanzar un brillo religioso. A primera vista, no queda rastro del ramillete de batallas y conquistas, que no resurgirán hasta los últimos coletazos del introito. Las palabras de Montalvo exhortan a unos «altos príncipes», responsables de la Cristiandad, para que se comporten de forma acorde con los dos principios que definían a Esplandián en el libro anterior; sobre su conciencia recae el deber de unirse y combatir en pro del Catolicismo. Ahora bien, ¿hay algo más en estas líneas preliminares?

El discurso político de este pórtico va más allá; no en vano, para Gómez Redondo ha sido transparente reparar en que la sacrificada lucha contra el infiel no tiene otro fin que salvar el alma, pues esta vida terrena no es sino un tránsito hasta alcanzar la meta del viaje, la vida eterna tras la muerte<sup>5</sup>. El prólogo embebe un marcado tono moral que se inyecta por cada una de sus fibras hasta reforzar el carácter efímero de los bienes mundanales que disfrutaban los príncipes. El giro dado se venía avisando desde el paratexto del Libro IV, donde ya se mencionaba los peligros de la volubilidad de la fama y su presencia limitada arrebatada por la muerte. Se constituyen así dos tablas de un mismo retablo (la fusión de ambos prólogos) que desprenden la clave sobre la que Montalvo equipara fama y guerras de religión<sup>6</sup>. Esas hazañas guerreras, encaminadas a la defensa de la fe católica, son el mecanismo para alcanzar la fama perpetua a la que aspira Esplandián, y que busca la salvaguarda de su alma por encima de los placeres terrenos.

«Si los grandes reyes y los otros altos hombres que Christiadad señorean, teniendo siempre en la memoria al más poderoso Señor, que tan estremados y apartados entre los mortales fizo, otorgando tan gran mando sobre tantas gentes, sobre tantas ciudades, villas y castillos, con tan grandes riquezas y otras glorias mundanales, quisiessen un rezio freno poner con que sus suelta[s] voluntades hiziessen retraer y doblar, que de rondón les haze caer en muchas infinitas pasiones con que sus entendimientos de

4. Javier Roberto González, «Profecía mesiánica y profecía apocalíptica: La cuestión constantinopolitana en las *Sergas de Esplandián* y *Primaleón*», en *Letras*, 40-41 (1999), pp. 125-135.

5. Gómez Redondo, *Historia de la prosa...*, pp. 1805-1806.

6. El paratexto del Libro IV declara: «[...] aquel virtuoso y cathólico príncipe Esplandián, su hijo, en quien estos dos nombres muy bien empleados fueron, como los más en ceremonia preciados, y por tales quiso se dellos intitulado, desechando todos los otros que, aunque más altos parecan, son más a lo temporal que a lo divinal conformes, pues que, la vida falleciendo, ellos en uno con ella fallecen, assí como lo espesso y alto fumo, que, faltando el fuego donde procede, en el aire es resoldido y desfecho sin que dello señal ni memoria quede [...]» en Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, ed. J. M. Cacho Bleca, Madrid, Cátedra, 1989, p. 1302. Gómez Redondo, *Historia de la prosa...*, p. 1805 ve muy probable que los prólogos de los libros IV y V se compusieran de forma simultánea, cuando no fueran, incluso, un todo de una misma unidad.

nuve tenebregosa son escurecidos, y, como despertados de sueño muy pesado, siguen la dotrina que, siendo obrada por el su Salvador, les dexó, abriéndoles la carrera del santo paraíso [...], pues que les amonesta que sean honestos, que sean justos, que no procuren más de aquello que justamente les viene [...]»<sup>7</sup>.

Las ideas del regidor medinés no dejan indiferentes a los reyes; su obtención de riquezas les llega por la gracia divina, se encuentran en deuda con la Cristiandad y, por tanto, sobre ellos recae la obligación de auxiliarla y defenderla, además de no ambicionar más privilegios que aquellos provistos por la Providencia. El camino hacia la salvación de su alma, la meta del «santo paraíso» es asequible, pero prefieren obviarla y perderse en sus «suestras voluntades»<sup>8</sup>, de forma que la fama precedera envuelve a aquellos deslumbrados por una ambición que nubla la mente y ciega a los poderosos.

No es complicado delimitar el escenario en el que se enmarcan estas líneas preliminares. Tras estas palabras asoman visiones de la nueva religiosidad, mimada con profundo celo por los Reyes Católicos, especialmente por Isabel quien<sup>9</sup>, junto con el cardenal Cisneros, se alzaron como sus máximos valedores<sup>10</sup>. Su reforma religiosa conllevó no solo a una homogeneización del estado (la expulsión de los judíos, el establecimiento de la nueva Inquisición o el tratamiento que se dio a los mudéjares), sino el acercamiento a una Iglesia más contemplativa y espiritual, aunque regida desde los tronos reales, lo que condujo a la reforma de las órdenes religiosas y del clero secular, sin obviar las bulas obtenidas que permitía a los reyes designar prelados sin contar con el permiso papal. Todos ellos son resultados de una reforma que hundiría sus raíces en esa *devotio moderna* que se esgrimió a lo largo del siglo xv<sup>11</sup>.

La tramoya moral y religiosa no es el único aderezo que adoba este prólogo, ya que la melancolía que empapa sus páginas no es, para nada, gratuita; se engalana con los recuerdos de la vida finita:

«Pues este más alto Señor ¿quítales por ventura los sabrosos manjares, las ropas de oro, las blandas camas, con que sus cuerpos sostenidos son? No por cierto, [...]

7. Garcí Rodríguez de Montalvo, *Sergas de Esplandián*, ed. C. Sainz de la Maza, Madrid, Castilla, 2003, p. 113.

8. Emilio José Sales Dasí, *Sergas de Esplandián de Garcí Rodríguez Montalvo (Toledo, Juan de Villquirán, 1521) guía de lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1999, p. 11.

9. Según Gómez Redondo, *Historia de la prosa...*, p. 1805, parece que sobre la reina Isabel ha caído gran parte del rigor espiritual y la concepción providencialista de las acciones militares, al incurrir en que el discurso encomiástico se teje junto la defensa del catolicismo para confeccionar el lienzo común de toda la propaganda artística y literaria.

10. Giráldez, «Las sergas de Esplandián»..., p. 47.

11. Luis Suárez Fernández, *Los Reyes Católicos: la expansión de la fe*, Madrid, Rialp, 1990, p. 165.

quieran y pongan cuidado con sus buenas obras de aparejar para sus ánimas aquello que con mucha más riqueza y limpieza que a los cuerpos aparejan»<sup>12</sup>.

Se divisan a lo lejos las galerías de un palacio abandonado, las risas y los acordes quebrados en los opulentos banquetes ¿Qué son sino espectros de un pasado donde las riquezas caducas tienen su fin? Obsta decir que es mejor guarnecer el alma que el cuerpo. Esos compases de melancolía marcan el dolor por la fugacidad de la vida, pero no es un caso aislado; este dolor por los placeres acabados, que se ha considerado panel de fondo en el otoño medieval, une sus manos con el siglo XVI, donde se funde poderosamente con la melancolía que alicata la pastoral. Basta, pues, releer la *Arcadía* de Sannazaro (1502). Se percibe en los cantos desencajados de los pastores ante la tumba de Meliseo, o las líneas dedicadas a la zampona, donde se insta que permanezca al servicio de los humildes en los sencillos campos, y que no sea seducida por endulzados elogios, laureles que ante la muerte no tienen ningún valor:

«A ti no te incumbe andar buscando los altos palacios de los príncipes, ni las soberbias plazas de las populosas ciudades, para obtener los sonoros aplausos, los fingidos favores, o las pomposas glorias, vanas lisonjas, falsos halagos, necias y abiertas adulaciones del pérfido vulgo. Tu humilde sonido mal se escucharía entre aquel de los asombrosos pífanos o de las reales trompas. Te sea suficiente entre estos montes ser por cualquier boca de pastor [...]»<sup>13</sup>.

Pero si la *Arcadía* roza las cotas de la melancolía pura es gracias al paisaje, sobre el que se rocía continuamente, y se cultiva como el verdadero protagonista de la prosa de Sannazaro<sup>14</sup>. La pintura del campo idílico, filtrada a través de una lente melancólica tiñe, incluso, el paisaje bucólico de la *Égloga III* de Garcilaso, más todavía si se piensa en el poema como planto o elegía<sup>15</sup>. Es, en verdad, en el tono de la composición, reflejado en el paisaje (como sucedía en la *Arcadía*) donde se aprecia el sabor sentimental y melancólico. Una luz, incluso, nostálgica que plasma los estragos del paso del tiempo: se trasluce la pérdida de la divina juventud, motivo base de varios de los sonetos del poeta toledano<sup>16</sup>. Volviendo al prólogo de las *Sergas*, resulta fácil comprender que la naturaleza del introito es sensible a este muestrario de tradiciones, con las se amalgama

12. Garcí Rodríguez de Montalvo, *Sergas de Esplandián*, p. 114.

13. Jacopo Sannazaro, *Arcadía*, ed. F. Tateo y trad. J. Martínez Mesanza, Madrid, Cátedra, 1993, p. 218.

14. Ángel Gómez Moreno, «La ventura de la *Égloga III* de Garcilaso: un planto en una bucólica», en *eHumanista*, 26 (2014), p. 669.

15. Gómez Moreno, «La ventura de la *Égloga III*...», pp. 668-670.

16. *Ibidem*, p. 671. Esta melancolía por el paso del tiempo y sus estragos transformará con los años en el más profundo desengaño donde la muerte ya no marchita solo el cuerpo, sino que lo fulmina «en polvo, en nada» que rezaba Quevedo, cuando se alcanza el Barroco. Para la lectura del poeta toledano, Garcilaso De La Vega, *Obra poética y textos en prosa*, ed. B. Morros,

gracias a la argamasa que conforma la melancolía y que condena los vanos tesoros de los príncipes cuando entre en contacto con el *Ubi sunt?* que menciona Sales Dasí<sup>17</sup>.

#### VESTIGIOS DEL PASADO: LOS ESPECTROS DEL *ubi sunt?*

Los recuerdos del pasado se incrustan en la memoria y en las palabras. Montalvo es claro en su proemio: la fama mundanal no tiene cabida tras la muerte, todo se olvida. Su discurso se articula a través del grito de búsqueda del fallido éxito terreno tras perecer. Ahora bien, la visión de la muerte infalible campa a sus anchas por la elegía más famosa de toda la literatura española: los *Coplas* a la muerte del maestre Rodrigo Manrique, compuestas por su hijo Jorge en el último tercio del siglo xv. En sus versos, exalta la fama y honra de un *miles vir*, y asoman unos tintes ascéticos y morales que dan ese aroma universal al texto, que se sincretiza en su «como se pasa la vida/ cómo se viene la muerte/ tan callando» para que sea el espejo que pone ante nuestro ojos la vida y la muerte ineludibles<sup>18</sup>.

La conexión del prólogo montalviano con las *Coplas* se rastrea por un sendero de pistas que terminan por diseñar un racimo de ecos tardomedievales, hasta desembocar, en el caso de las *Sergas del Esplandián*, en la figura del *miles Christi*. No en vano, ya Montalvo persuade a sus altos señores sobre los arreglos necesarios de «aparejar para sus ánimas», predisponer y preparar el cuerpo para el momento del óbito<sup>19</sup>. No se proyecta una desvirtuación de la vida terrena como tal, sino que en el siglo xv surge la idea del bien morir: la visión de una buena muerte alegórica que corona una existencia recta y dedicada<sup>20</sup>. Los cuidados de Manrique a la hora de diseñar sus *Coplas* tienen como piedra de toque esa buena muerte, un *ars moriendi* donde el maestre Rodrigo aparezca sereno en su cama y rodeado por su familia, enmascarado con la dignidad que le confiere su estatus.

El paso del tiempo marchita sus «verduras/ de las heras» porque «las maña y ligereza/ y la fuerza corporal/ de juventud, / todo se torna en graveza/ quando llega el arraval de senectud», escribía Manrique<sup>21</sup>. La ficción caballeresca de Montalvo tararea una melodía donde esa fama, obtenida por los viejos soldados bretones (su padre Amadís) tiene poco valor, en apariencia, para Esplandián, quien se compromete con valores más elevados. El paso del tiempo deslucirá los lozanos cuerpos y las fuerzas de la juventud hasta convertir al aguerrido soldado en el anciano expectante. Y es que, aunque tampoco Manrique

---

Barcelona, Crítica, 2007. A modo de ejemplo, el tema tratado puede verse en los sonetos xxii y xxv.

17. Sales Dasí, *Sergas de Esplandián de Garcí Rodríguez Montalvo...*, p. 11.

18. Jorge Manrique, *Poesía*, ed. A. Gómez Moreno, Madrid, Alianza, 2000, pp. 213-214, notas 1 y 3.

19. Garcí Rodríguez de Montalvo, *Sergas de Esplandián*, p. 114.

20. Jorge Manrique, *Poesía*, ed. M. Morrás, Madrid, Castalia, 1999, p. 47.

21. Jorge Manrique, *Poesía*, ed. Gómez Moreno, pp. 226 y 220.

rechaza la muerte igualatoria como sucede en *Danzas*, donde la Parca saca a bailar al emperador, al obispo y al labrador<sup>22</sup>, Montalvo sí difiere aquí del poeta castellano, pues su preocupación se cimienta en la memoria, el recuerdo que pueda quedar de ellos en el futuro.

El siguiente paso en ambos textos se centra en el surgimiento del *Ubi sunt?*, pregunta que cuestiona a aquellos que discurrieron por un pasado más o menos remoto, y lleva, en el caso del texto manriqueño, a tocar palos tan variados como el sermón o el tópico del *contemptum mundi*<sup>23</sup>. Aunque ya no existe un desprecio integral del tiempo del hombre sobre la tierra, ese rechazo se torna ahora en un olvido que se cierne sobre nosotros, como ya Manrique recordaba de «Estos reyes poderosos/ que vemos por escrituras/ ya pasadas/ con casos tristes, llorosos, / fueron sus buenas venturas/ trastornadas<sup>24</sup>». Más explícito y duro juzga el desfile de gobernadores inmediatamente anteriores, hombres poderosos que poseyeron frívolos tesoros pero que, una vez muertos, desaparecen: «¿Qué se hizo el rey don Juan?;/ los infantes de Aragón,/ ¿qué se hicieron?; ¿Qué fue de tanto galán?, ¿qué fue de tanta invención/ como traxieron?<sup>25</sup>». La abandonada galería de palacio se recrea de nuevo, reflejada en el espejo de las *Coplas*: «¿Qué se hizieron las damas,/ sus tocados, sus vestidos,/ sus olores?». Con estos trazos, Manrique pinta una corte vacía, los salones desiertos habitados en antaño por caballeros y damas, donde ahora tras el paso de la muerte, solo pasean las sombras de un pasado<sup>26</sup>.

Gira la rueda y Montalvo ve una corte semejante, donde solo los grandes hechos de armas a favor de la religión pueden hacer que los reyes, sus «altos príncipes», se asimilen a la memoria. El esplendor de sus fiestas un día se apagará, igual que los nobles *vires* del pasado ya no yacen sino bajo una fría losa con sus cuerpos consumidos. No se pierda de vista el anclaje de estas palabras con las imágenes de gusanos y putrefacción enraizadas con ese *contemptum mundi* medieval, esquivado en las *Coplas* a favor de una visión positiva de la vida terrena, pero que sí asoma tímidamente en las *Sergas*<sup>27</sup>. Mientras el cuerpo reposa abandonado, es el alma, identidad última de la persona, la que hallará un asilo posible según sus decisiones en vida: el servicio a la religión se convierte en el mejor memorándum que guarnecerá el nombre tras la muerte.

22. *Ibidem*, pp. 46 y 224, nota 34.

23. *Ibidem*, pp. 46-53.

24. *Ibidem*, p. 224.

25. *Ibidem*, p. 226

26. *Ibidem*, p. 227, nota 42.

27. *Ibidem*, p. 52 sobre esa visión del *De contemptum mundi* en las *Coplas*. Y es que, lejos de las imágenes plásticas, visuales y teatrales del *De contemptum mundi* y las *Danzas de la Muerte*, donde se visualizan regueros de esqueletos, gusanos y las demás penalidades del mundo, la paleta de Manrique huye de tales artificios para colorear una muerte tranquila, mientras que Montalvo se conforma con la evocación de unas futuribles tumbas y el despojo de los bienes mundanos.

«Vamos agora, altos príncipes, que, puesto caso que los spiritual en olvido sea, ¿qué vos muestra lo temporal? Muéstravos a vuestros padres, abuelos y antecessores, que tan grandes señorías como vos tuvieron, pasando sus días en muchas afrentas, peligros y tribulaciones con otras diversas cosas mundanales [...] ¿en qué fue a parar tan trabajosa jornada que biviendo sostuvieron con muchos deleites mezclada? Por cierto, en aquella estrecha cárcel, debajo de la pesada y fría tierra, donde aquellos delicados cuerpos consumidos y convertidos en ella serán. E de las ánimas, ¿qué diremos dónde serán aposentadas? No en otras moradas sino en aquellas que sus buenas obras, en tanto que la vida sostuvieron, procuraron de hedificar»<sup>28</sup>.

Cierran las *Coplas* manriqueñas con la efigie del anciano maestre, mesurada y tranquila, que escucha cómo la Muerte llama a su puerta. Su hijo ya se ha encargado de predicar una semblanza sobre su persona y dar a conocer sus grandes dotes de *miles vir*, disfraz que el difunto porta y que, como a los personajes amadisianos, da honor y gloria. A su vez, destaca don Jorge la austeridad de Rodrigo Manrique, poco preocupado en la concentración de tesoros y riquezas, no así la obtención de vasallos en el campo de batalla contra los musulmanes, único sendero lícito para ganar honra y haberes<sup>29</sup>, que eleva el retrato del maestre y le otorga un halo de caballero, no cruzado, pero sí de noble honorable y decoroso en relación con su estatus social:

No dexó grandes tesoros,  
ni alcanzó grandes riquezas  
ni baxillas,  
Más hizo guerra a los moros  
ganando sus fortalezas  
y sus villas;  
y en las lides que venció,  
muchos moros y cavallos  
se perdieron,  
y en este oficio ganó  
las rentas y los vasallos  
que le dieron<sup>30</sup>.

Si bien las *Coplas* no alcanzan el techo del *Esplandián* en lo que a la concepción del *miles Christi* se refiere, sí existiría una simetría tenue entre sus protagonistas, las escaramuzas contra los musulmanes, el logro de la honra caballeresca y su remembranza para el mañana. María Morrás habla de una rehabilitación del honor del maestre, destroza-

28. Garcí Rodríguez de Montalvo, *Sergas de Esplandián*, p. 114.

29. Jorge Manrique, *Poesía*, ed. Gómez Moreno, pp. 239 y 245, notas 68 y 87.

30. *Ibidem*, pp. 238-239.

da tras las sanguinarias guerras civiles de los Reyes Católicos contra los partidarios de la Beltraneja; un reafirmamiento de un comportamiento nobiliario que habría quedado atrás. Cabe pensar así en un acto de defensa tanto propia como del linaje, donde don Jorge dependía de la actitud ideológica con que barnizara el retrato de su padre<sup>31</sup>. Este arquetipo que se dibuja de don Rodrigo y que exalta desde «el noble adocentado» que fue en vida hasta el caballero reconquistador que el pueblo venera, es ya destacado por María Rosa Lida, especialmente si se piensa en la obsesión de mantener y conservar la fama que se desgaja de las *Coplas*<sup>32</sup>. Al final, sin embargo, en el horizonte de esta elegía surge la fama sublimada que Manrique presenta como un edulcorante ante el tránsito final, una idea que se ha considerado un rasgo tradicional de modernidad y que permite que los grandes hechos del pasado se recuerden por las generaciones venideras; cambio este en el que el poeta cobraría un protagonismo integral al ser el único responsable de posibilitar que las gestas no caigan en la sima del olvido<sup>33</sup>.

No se os haga tan amarga  
la batalla temerosa  
que esperáis,  
pues otra vida más larga  
de fama tan gloriosa  
acá dexáis.  
Aunque esta vida de honor  
tampoco no es eternal  
ni verdadera,  
más con todo es muy mejor  
que la otra temoral,  
pedecederá<sup>34</sup>.

De nuevo la idea de la fama pende sobre las semblanzas de los caballeros. Si para Jorge Manrique es el pasaporte que convierte a su padre en un ser inmortal, al regidor de Medina de Campo le permite modelar un héroe rodeado por un aura de caballero cruzado que pasará al imaginario colectivo por su lucha contra los musulmanes. Su comportamiento, sintetizado en las don máximas del prólogo al Libro IV, «cathólico y virtuoso», da sentido no solo a su misión en Constantinopla, sino también al enfoque que otorga Esplandián (o Montalvo) a la caballería. Pero no solo la poesía de Manrique recuerda el

31. Jorge Manrique, *Poesía*, ed. Morrás, p. 60.

32. María Rosa Lida de Malkiel, *La idea de la fama en la edad media castellana*, México [etc.], Fondo de Cultura Económica, 1983, pp. 291-292.

33. Jorge Manrique, *Poesía*, ed. Gómez Moreno, p. 244, nota 84.

34. *Ibidem*, pp. 244-245.

descorazonador paso del tiempo y sus estragos sobre el hombre, sino que todo el arte del momento se conjuga para blandir una mueca ante el fin que se avecina.

#### EL SEMBLANTE DEL PASADO: UNA SONRISA ANTE LA MUERTE

El recorrido por el prólogo de las *Sergas de Esplandián* ha sido un paseo melancólico. A pesar de sus riquezas mundanas, los reyes están emplazados a caer en el olvido si no sirven de forma satisfactoria a la causa católica. De este modo, la muerte y la evocación del fallecido se convierten en un punto esencial, paralelamente a como ocurría con las representaciones escultóricas de finales del siglo xv. En ellas se busca no mostrar el fallecimiento como un momento de dolor patético, sino un instante mesurado y calmado, dando al difunto un aire de dignidad: tal es el maestro Rodrigo que Manrique esculpe, como ya se ha mencionado.

Ese distanciamiento ayuda a sobrellevar el duro momento, por ello Martín Vázquez de Arce sonríe al visitante que se acerca a admirar su tumba, el *Doncel de Sigüenza* descansa sosegado con hábito guerrero y con un libro de bien morir en la mano. El príncipe don Juan, el fallido heredero de los Reyes Católicos, duerme sobre su sepulcro de Ávila, sin separarse de su espada, con los guantes a los lados. El sueño, la sonrisa o, incluso, el disfraz clásico es un buen método con el que cambiar la mirada triste por el ánimo templado y contemplar así el paso del tiempo; sirvan de ejemplo la fascinación que los humanistas sintieron por los *vetera vestigia*, sobre los que recae un verdadero culto. Su protagonismo en obras y tratados del Trecento y el Quattrocento italianos se engasta con la puesta en boga de disciplinas como la arqueología, la numismática o la epigrafía, una exhumación de las huellas de una civilización que deslumbraba a los prohombres del momento. Mantegna sobresale con sus representaciones de ruinas, despojos de la antigua Roma que son la prueba ecuaníme de sus vastos conocimientos arqueológicos. Ni que decir sobre el espíritu nacional que se esconde tras la promoción de tales vestigios y que los riega con un perfume clásico y regio con el que soñaban los humanistas<sup>35</sup>. Esta temática penetra con fuerza con el siglo xvi y se ejemplifica con Maerteen van Heemskerck y Herman Posthumus, quienes pintan los restos de unas ruinas clásicas que rezuman la melancolía y la fragilidad de la vida humana ante el paso del tiempo<sup>36</sup>.

Según se deja atrás el umbral del libro, y se penetra por sus páginas, la pluma de Montalvo depara novedades que se engarzan con estas representaciones mortuorias. Cuando el regidor acompaña en sus ensoñaciones a Urganda «la Desconocida» (capítulos xcvi y ic) y contempla las aparentes estatuas de Amadís, Oriana, Esplandián y toda la

35. Ángel Gómez Moreno, *La España de los humanistas. Primeros ecos*, Madrid, Gredos, 1994, pp. 242-272.

36. Beatriz Fernández, «La ciudad histórica: memoria y ruinas», en *Arquitecturas pintadas: del Renacimiento al siglo xviii, 18 de octubre de 2011 al 22 de enero de 2012*, Madrid, Fundación Colección Thyssen-Bornemisza – Fundación Caja Madrid, 2011, pp. 12-13.

estirpe amadisiana, no siente tristeza por su ausencia, ni siquiera pena. Son figuras del pasado, su desaparición está tamizada por las efigies que se levantan en su honor y por la apariencia regia que envuelve sus rostros. Los protagonistas de la historia, retratados como personajes del pasado, han conseguido que sus vivencias sean recordadas para la posteridad. Fundamental vuelve a ser la labor del escritor, colector de sergas dignas de guardarse para los anales de la historia, ya que la gloria eterna se labra por medio de un manojito de victorias contra los musulmanes: batalla única en la vida del *miles Christi*. Este entramado saca a la luz el valor real de la guerra, que colinda sensiblemente con la caballería cristiana aquilatada definitivamente en el *Florisando* de Páez de Ribera (1510) y en el *Lisuarte de Grecia* de Juan Díaz (1526)<sup>37</sup>. Justamente en el siglo XVI, esta imagen del *miles Christi* cede el dominio a un tipo de caballería más espiritual que complementa esa cara religiosa del caballero<sup>38</sup>.

«Assí que grandes reyes y señores, si en vuestras memorias quisierdes con lo infinito lo finito y percedero juntar, y queréis complir con el servicio de aquel Señor que tan grande vos hizo, boverse han vuestras sañas, vuestras iras, dexando en reposo aquellos que en la ley santa son, por aquella carrera que abierta dexó contra los infieles este grande y cathólico emperador de que tanta mención este libro faze»<sup>39</sup>.

La configuración del soldado de Dios viene de tiempo atrás, vinculado inexorablemente al ideal de cruzado para acomodar sus armas espirituales y terrenas a las circunstancias históricas medievales<sup>40</sup>. Si bien es cierto que el servicio a Cristo no está establecido, según Keen, desde el mismo nacimiento de la caballería medieval, este se incorpora al poco tiempo, como queda evidenciado en el uso que hizo la Iglesia de la caballería para las cruzadas. Es más, el concepto de defensa de la religión se perfila como uno de los principales deberes de todo caballero en el *Libro de la orden de caballería* de Ramón Llull a finales del siglo XIII, lo que probaría la fuerza de la vertiente cristiana dentro de

37. Emilio José Sales Dasí, «Las continuaciones heterodoxas (el *Florisando* [1510] de Páez de Ribera y el *Lisuarte de Grecia* [1526] de Juan Díaz) y ortodoxas (el *Lisuarte de Grecia* [1514] y el *Amadís de Grecia* [1530] de Feliciano de Silva) del *Amadís de Gaula*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2011. En línea: <[http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/las-continuaciones-heterodoxas-el-florisando-1510-de-paez-de-ribera-y-el-lisuarte-de-grecia-1526-de-juan-diaz-y-ortodoxas-el-lisuarte-de-grecia-1514-y-el-amadis-de-grecia-1530-de-feliciano-de-silva-del-amadis-de-gaula/html/0fd1296e-a0f9-11e1-b1fb-00163ebf5e63\\_4.html#I\\_0\\_](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/las-continuaciones-heterodoxas-el-florisando-1510-de-paez-de-ribera-y-el-lisuarte-de-grecia-1526-de-juan-diaz-y-ortodoxas-el-lisuarte-de-grecia-1514-y-el-amadis-de-grecia-1530-de-feliciano-de-silva-del-amadis-de-gaula/html/0fd1296e-a0f9-11e1-b1fb-00163ebf5e63_4.html#I_0_)>. Reproducción original: *Edad de Oro*, XXI (2002), pp. 117-152.

38. Emma Herrán Alonso, «La configuración literaria del tópico del *miles Christi* entre la Edad Media y el Renacimiento», en J. L. Martos Alemany y J. M. Manzanaro (eds.), *Actes del X Congrés Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval, Alacant, 16-20 setembre de 2003*, Alacant, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, 2005, vol. 2, pp. 879-894.

39. Garci Rodríguez de Montalvo, *Sergas de Esplandián*, pp. 114-115.

40. Herrán Alonso, «La configuración literaria...», p. 882.

la órbita guerrera<sup>41</sup>. Asimismo, no se puede ignorar la presencia de los santos guerreros vestidos con ropajes de caballeros en su lucha contra los musulmanes, como Santiago o San Jorge en la Península y las cruzadas, o San Miguel con su ejército de ángeles en su enfrentamiento contra el demonio. Imagen esta última, que se confunde fácilmente con la caballería cristiana y «a lo divino»<sup>42</sup>.

En el siglo XVI, esta imagen del *miles Christi* cede el dominio a un tipo de caballería más espiritual que complementa esa cara religiosa del caballero<sup>43</sup>. En sí, no se trata de un giro brusco, sino más bien de una evolución de la iconografía neogótica del *miles Christi* a favor de unos ropajes de regusto clásico, que se combina con las tradiciones de la lucha espiritual bordada a lo largo de la Edad Media. Entre estas representaciones surge el grabado de Durero «El caballero, la muerte y el diablo» (1513), donde sobresaldría un *miles Christi* rodeado de aterradoras imágenes del demonio<sup>44</sup>: el caballero y la muerte conviven en la misma escena: las *Danzas* medievales o el *De contemptum mundi* que tanto marcaron a Manrique corretean de nuevo, agitando su reloj para recordar el tiempo que resta hasta que el cuerpo perezca sepultado bajo la fría losa que aventuraba Montalvo. Pero no en todas las artes visuales relucen caballeros, pues según avanza el siglo se oscila hacia una corriente más íntima, irremediamente ataviada con vestiduras tridentinas, incapaz de olvidar la faceta de lucha espiritual contra el pecado y el Infierno según evidencian diversas representaciones iconográficas<sup>45</sup>.

Basta asomarse al *Enchiridión militis christiani* de Erasmo. Se trata, sin duda, del texto más espiritual del pensador de Rotterdam donde la vida se expone como una continua guerra contra los enemigos principales del alma: carne, mundo y demonio<sup>46</sup>. En sí, el *Enquiridión* plantearía un manual de comportamiento cristiano, una guía de orientación para un hombre inmerso en un momento de duda religiosa ante la crisis de los valores cristianos. Su capítulo o regla quinta contiene la clave del libro: la oposición entre lo visible, dominado por lo mundanal y perecedero, y lo invisible, reflejo

41. Ramon Llull, *Libro de la orden de caballería*, intr. L. A. de Cuenca, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, Madrid, Alianza, 1986, pp. 29-31, 75-77 y Maurice Keen, *La caballería*, pról. de M. de Riquer, Barcelona, Ariel, 1986, pp. 67-91. Por otro lado, en Jonathan Riley-Smith, *¿Qué fueron las cruzadas?*, trad. de C. Font, Barcelona, Acantilado, 2012, pp. 30-32, 33-37, 92-97 se puede comprobar la complejidad que implican las Cruzadas y el concepto de «guerra justa» como causa para llevar a cabo la contienda y que otorgaba un estatus de penitentes a los que participaban en ella.

42. Un panorama sobre la importancia de la iconografía de los santos guerreros en la península a finales del siglo XV y comienzos del XVI en *Caballeros y caballerías: 500 años del «Amadís de Gaula»: Medina del Campo, Fundación Museo de las Ferias, octubre 2008-enero 2009*, Medina del Campo, Fundación Museo de las Ferias, (2008), pp. 23-28.

43. Herrán Alonso, «La configuración literaria...», pp. 881 y 884.

44. Gabriel Llompart, «En torno a la iconografía renacentista del *Miles Christi*», en *Traza y Baza*, 1 (1972), pp. 72-73.

45. Llompart, «En torno a la iconografía...», pp. 72-73.

46. *Ibidem* p. 74. Sobre la temática y la iconografía del *Enquiridión*, pp. 74-81.

del mundo espiritual. A lo largo de esta sección, Erasmo expone la ascensión de lo visible, y por ende lo temporal, a lo invisible, lo eterno; un pensamiento que se fundiría, salvando las distancias, con esa nueva espiritualidad defendida por la reina Católica y el cardenal Cisneros, ya mencionada<sup>47</sup>. Esta religiosidad de tintes contemplativos mira de reojo las ideas erasmistas que, a su vez, se ligarían en el caso de *Equiridión* a las palabras de Montalvo sobre la condición temporal de las riquezas a favor de emprender gestas de mayor trascendencia, una lucha no exclusivamente espiritual, pero adornada con tocado cruzado.

Esplandián no alcanza cotas de caballero a lo divino, pero sí busca una vía alternativa a su padre para llegar a ostentar el título de mejor caballero sobre la tierra. Las *Sergas de Esplandián* no golpean violentamente al *Amadís* anterior como en tiempos pasados aludía la crítica, sino que es un «continuum», la última tabla de un díptico que da «forma y sentido» a la obra montalviana para acomodarla a los ideales de su tiempo, como se decantan Rodríguez Velasco y J. R. González<sup>48</sup>. Su canto a la defensa de la religión católica y esa «guerra que contra los infieles comenzada tienen» nutren el aparato propagandístico de los Reyes Católicos<sup>49</sup>: son los argumentos con que el regidor medinés da sentido a una historia en la que no faltan referencias directas al buen hacer de los monarcas, tal como ocurre en los extraños capítulos del sueño-visión de autor o en el epígrafe CII<sup>50</sup>.

- 
47. El análisis de la obra en relación con la religiosidad europea y española, se puede encontrar en Erasmo de Rotterdam, *Equiridion o Manual del Caballero Cristiano*, trad. A. Fernández de Madrid, est. y not. de A. Herrán Santiago y M. Santos López, Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico, Universidad, 1998, pp. 11-14, 16-18, para el análisis de la regla v<sup>a</sup>, pp. 110-136. La relación entre la obra de Erasmo y el ambiente en Castilla la percibe también Herrán Alonso, «La configuración literaria...», p. 886, que se convierte en el continente perfecto de estas nuevas ideas. No obstante, la investigadora señala que la obra de Erasmo se publicó en castellano en 1526, años más tarde que el *Libro de la Caballería cristiana* (1515), libro de caballerías a lo divino, lo que prueba que el tema de la caballería cristiana alegórica era de sobra conocido en la península.
48. Samuel Gili y Gaya, «Las *Sergas de Esplandián* como crítica de la caballería bretona», en *BBMP*, XXIII (1947), pp. 103-111, y José Amezcua, «La oposición de Montalvo al mundo de Amadís de Gaula», en *NRFE*, XXI (1972), pp. 320-337, fueron las primeras voces que se alzaron para situar las *Sergas* en las antípodas ideológicas del *Amadís*; por el contrario, creo más conveniente plantear la obra como han hecho Jesús D. Rodríguez Velasco, «Yo soy de la Gran Bretaña, no sé si la oístes acá decir»: La tradición de Esplandián», en *Revista De Literatura*, 53.105 (1991), pp. 49-61 y Javier Roberto González, «Las *Sergas de Esplandián* como trans-formación amadisiana», en *Letras*, 59-60 (2009), pp. 177-187, para estudiarlo como una continuación y evolución lógica de la ficción caballescra, sin romper el universo bretón de *Amadís*.
49. Ramos Nogales, «Para la fecha del *Amadís*...».
50. Emilio José Sales Dasí (1995), «Visión literaria y sueño nacional en *Las Sergas de Esplandián*», en Juan Paredes Núñez (ed.), *Medioevo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval, Granada, 27 septiembre - 1 octubre 1993*, Granada, Universidad de Granada, 1994, vol. 4, pp. 273-288.

Esta procesión de ideas literario-culturales es el resultado que ofrece el introito de Montalvo, donde se trenzan diversos temas acomodando un crisol de tópicos y modelos que, finalmente, indican la senda hasta encontrar la imagen de un *miles Christi*, espectros de la realidad que tiene como fin la inclusión de la obra, ya desde el prólogo, en el altavoz político de las ideas regias. Sin ello, no se entendería la obsesión que manifiesta el regidor medinés por la fama duradera en la tierra que modele las efigies de los reyes para la posteridad. Un vistazo al pórtico de las *Sergas de Esplandián* da pistas ya no únicamente sobre su adhesión al pensamiento oficial, sino también sobre la brisa cultural que se respiraba en el momento, que el miedo por el olvido de los grandes hechos del pasado se transforma en un macabro desfile donde danzan juntas las letras, la escultura y la muerte.

### CODA Y TELÓN

Sin embargo, cuando se desentrañan las últimas páginas del viejo regidor medinés, el lector cae en la cuenta de que todo ha sido un engaño. El temor de Montalvo a la muerte le conduce a hechizar a sus personajes para que, mientras duermen, vivan jóvenes y lozanos para toda la eternidad en la Ínsula Firme gracias a las dotes de Urganda. Las estatuas que ha contemplado el regidor no eran tumbas, eran los propios personajes hechizados. El giro antdidáctico, que se aleja a todas luces de los acordes de fondo del libro, sirve a Montalvo como revulsivo para paliar el paso del tiempo. La gran batalla de Constantinopla que ha acabado con la vida de los reyes Perión y Lisuarte ha sido el río que ha arrastrado la vida de los dos personajes, espejo fiel de los estragos reales que causan, ya no el tiempo, sino las reyertas. Gracias a su buen hacer en el campo de batalla y la decisión de sumarse a la guerra contra los paganos, las almas de ambos reyes serán acogidas en el Paraíso. Pero el autor prefiere no tener que escenificar el entierro de sus caballeros favoritos, aunque ello le lleve a obviar sus primeras declaraciones: ya no habrá fama y ni memoria que salvaguardar sobre sus grandes lizas; sencillamente, sus cuerpos no se corromperán bajo la tierra porque vivirán toda la eternidad y, desde su castillo en la Ínsula, admirarán el mundo que han dejado a los futuros caballeros, casi todos de su propia estirpe. El regidor de Medina del Campo cierra las puertas, pero abre una ventana para que Amadís y sus caballeros vuelvan a cabalgar cuando el mundo los necesite para salvar a la Cristiandad.